

831-832 OPUSCULUM QUINQUAGESIMUM TERTIUM DE LA PACIENCIA EN LA PERSECUCIÓN DE LOS MALVADOS.

ARGUMENTO.

Dominico Loricato, admirable por la mortificación de su cuerpo, se le aconseja que no se traslade con los suyos a otro lugar debido a las molestias infligidas por hombres malvados, sino que, instruido por los preceptos de la Sagrada Escritura y fortalecido por los ejemplos de los santos, soporte con ánimo sereno las adversidades en las que Dios permite que sus siervos caigan, para que, ejercitándose en buenas obras y tolerando el mal, se reconozca como verdadero miembro de Cristo.

Al señor DOMINICO y a los demás hermanos que habitan en la ermita del monte vecino, PEDRO, pecador monje, última servidumbre en el Señor.

[DE LA PACIENCIA EN LA PERSECUCIÓN DE LOS MALVADOS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que la paciencia es la reina de las virtudes.

Me habéis escrito, amadísimos, que la envidia de hombres perversos y violentos os acosa tanto que, a menos que yo os socorra rápidamente, abandonaréis el lugar y buscaréis otro que no esté sujeto a estos robos y molestias. Confieso que este mensaje me ha golpeado gravemente, y más me ha entristecido vuestra pusilanimidad que la adversidad hostil. Pues, aunque parecéis dedicados constantemente a las páginas divinas, es sorprendente cómo aún os es desconocida la paciencia, reina de las virtudes, a la que, sin duda, sirven todos los volúmenes de las Escrituras: «Porque todo lo que, como dice el Apóstol, fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito (Rom. XV).» ¿Por qué para nuestra enseñanza? ¿Acaso para que aprendamos a construir trampas de silogismos, para embellecer palabras resonantes y precisas con los colores de la retórica, para distinguir los órganos de la suavidad armónica, para conocer, como dicen, los signos de los astros con el radio? No, ciertamente, no somos instruidos por las Sagradas Escrituras para investigar estas cosas, sino más bien somos provocados por ellas a los ejemplos de paciencia. De ahí que sigue: «Para que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza (Ibid.).» La misma Escritura que nos enseña a mantener la paciencia, también nos eleva con la esperanza de consolación, porque, al narrar cuántos sufrimientos y presiones han soportado los elegidos de Dios, también indica qué recompensas han conseguido por ello. El médico, en efecto, aplica sanguijuelas a los miembros hinchados del enfermo y permite que absorban el veneno junto con la sangre de las entrañas más profundas; sin embargo, el médico y la sanguijuela tienen intenciones diferentes. Aquella no desea otra cosa que beber sangre; este busca que el enfermo recupere la salud. Aquella se sacia y muere; el enfermo, mientras pierde sangre, recupera la salud. Aquella, en fin, se sacia y exulta con su muerte; el enfermo, mientras es herido, se levanta al estado de salud. ¿Qué hay de extraño, entonces, si Dios omnipotente, que es el médico de las almas, nos dispone con el arte oculto de su moderación, de modo que de las heridas ajenas nos confeccione medicinas, para que, mientras se nos inflige una herida hostil, de ella se procure principalmente el antídoto de la salud? Tiro es, en efecto, un tipo de serpiente, de cuya sangre se hace la triaca, que extingue la peste que ataca a los envenenados.

CAPÍTULO II. Que de las tribulaciones se nos prepara medicina.

Si, por tanto, el hombre sabe cómo repeler el veneno con veneno, ¿cuánto más prevalece el admirable Dios en proveernos de lo útil a partir de las contriciones ajenas? Todos los hechos

de los santos, en efecto, ¿qué otra cosa narran sino las presiones y luchas que soportaron por la persecución de cualquier tipo de hombres perversos? Nuestro mismo Redentor no llevó la forma servil, que asumió de la Virgen inmaculada, a los reinos celestiales antes de haber pasado por todos los tormentos de burlas y penas que la Escritura testimonia. ¿Qué hay de nuevo, entonces, si el hombre pecador soporta la pérdida de cosas que están fuera de él, cuando aquel que nunca pudo pecar soportó en su cuerpo la cruz? (I Pedro II). Aún no habéis resistido hasta la sangre, según el Apóstol (Hebr. XII). Pero, ¡ojalá al menos se pudiera decir esto de vosotros, lo que él dijo a algunos que sufrían bien: «Con gozo aceptasteis el despojo de vuestros bienes» (Hebr. X). De ahí que otro apóstol diga: «Consideradlo todo gozo, hermanos míos, cuando caigáis en diversas tentaciones» (Jac. I).

Hay dos cosas, en efecto, que si las atendemos vigilantes, fácilmente superamos las insolencias de cualquier tipo de violentos y las molestias de las injurias: los preceptos y los ejemplos; porque tanto las Escrituras santas nos exhortan a la penitencia, como los elegidos soportaron con ecuanimidad todo lo que pudo ser infligido por los furiosos miembros del diablo. Pues, al ser ayudados por las advertencias divinas y los ejemplos de los precedentes, somos correctamente rescatados del profundo de la tribulación que se nos ha infligido, como se señala en Jeremías el profeta al salir del pozo. Pues lo habían arrojado, como testimonia la Escritura (Jer. XXXVIII), en un pozo donde no había agua, sino lodo: luego, para levantarlo, se le bajan cuerdas y trapos viejos. ¿Qué representan las cuerdas sino los preceptos del Señor? que, porque nos convencen y nos rescatan cuando estamos en mala operación, nos atan y nos arrastran, nos constriñen y nos levantan. Pero para que, atado con estas cuerdas, no se corte al ser arrastrado, también se bajan trapos viejos, porque para que los preceptos divinos no nos aterren, los ejemplos de los Padres antiguos nos confortan, para que, comparándonos con ellos, nos atrevamos a hacer lo que tememos por nuestra debilidad.

CAPÍTULO III. Que se debe alegrar en las adversidades, temer en las prosperidades.

Si, por tanto, nos apresuramos a levantarnos de este profundo de la vida tribulante, liguémonos con cuerdas, es decir, seamos atados por los preceptos del Señor. Que también estén presentes los trapos viejos, con los cuales se sostengan mejor las cuerdas, es decir, seamos confortados por los ejemplos de los precedentes, para que los preceptos sutiles no nos hieran mientras nos levantan. Como algunos trapos viejos, el apóstol Pablo añadía cuando, para levantar a los discípulos con sus preceptos espirituales, recomendaba los ejemplos de los antiguos, diciendo: «Los justos experimentaron burlas y azotes; además de cadenas y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada» (Hebr. XI). Y poco después: «Teniendo, pues, tan gran nube de testigos alrededor nuestro, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (Hebr. XII). Y de nuevo: «Acordaos de vuestros guías, que os hablaron la palabra de Dios, y considerando el resultado de su conducta, imitad su fe» (Hebr. I). Arriba, cuando hablaba de preceptos espirituales, había lanzado como cuerdas, pero luego, al recordar los ejemplos de los mayores, había añadido como trapos viejos. En verdad, el siervo de Dios debe temer cuando recibe algo temporal; debe alegrarse cuando lo pierde; porque, a quien le está propuesto ascender a las cosas celestiales, sin duda le es más expedito avanzar vacío que cargado.

834 CAPÍTULO IV. Que entre hombres religiosos la amistad debe adquirirse sin regalos.

Os contaré lo que me sucedió recientemente: fui a la ciudad de Milán cumpliendo una legación del señor papa Nicolás; allí, mientras estaba, el abad de San Simpliciano me envió un vaso de plata como regalo, que, al verlo ofrecido de repente, al principio rechacé y

aborrecí, y sutilmente inquirí por qué me ofrecía un regalo. Sospeché, en efecto, que tal vez tenía algún asunto, y por eso, anticipándose, me ocupaba con regalos. Es costumbre entre nosotros, los ministros de la sede apostólica, no aceptar nada de aquellos cuyo asunto aún está pendiente; pero de aquellos que están completamente en paz, si quieren dar, no rechazar; y esta es la regla de todos nosotros, pero solo de aquellos que se guardan mejor de la avaricia. ¿Qué más? Se convoca a una conversación común, se inquiriere por qué ha dado el regalo, se investiga si tiene algún asunto. Se encuentra completamente en paz y seguro por todas partes, de modo que con el hecho mismo parecía responder: Habito en medio de mi pueblo; sin embargo, aún pregunté si, al ascender a los grados eclesiásticos o al asumir el gobierno del monasterio, había conocido que se había infiltrado algún comercio de venalidad. Y cuando él negó todo esto de raíz, y afirmó que no había dado el regalo por tales cosas, sino solo para encontrar acceso a nuestra amistad; respondí que, tomando lo que era suyo, no comprara nuestra amistad como los seculares con dinero; sino que, lo que es legítimo entre hermanos, lo poseyera gratuitamente. Sin embargo, entre estas cosas, para hablaros al oído, mi mente era tal que, incluso después de investigar estrictamente, no encontré nada nocivo en él, si él se mostraba importuno en ofrecerme el regalo, su violencia no me desagradaría en absoluto. Quería, en efecto, que se me hiciera violencia, y ser compelido a mis deseos como a la fuerza. Y cuando él se apartó completamente de recibir lo que una vez había dado, y ni siquiera inclinó el oído a las peticiones, yo, ya seguro y más audaz, insistía más duramente para que recibiera lo suyo. Mientras tanto, el día transcurre. Y cuando, dedicado a los salmos particulares, me ocupaba en la meditación nocturna, mi conciencia comenzó a remorderme más agudamente, y como bajo una especie de razonamiento me reprendía. Si él, como parece, es un buen hombre, tú quisiste quitarle su dinero a un hombre inocente, cuando no hay un capítulo que le impida esperar tu ayuda. Pero si tiene un asunto, es indigno que hagas tu lengua venal a un santo hermano, que debe ministrar gratuitamente tanto a él como a ti, como si fuera común a ambos. Y cuando esta lucha contra mí se intensificó persistentemente, y ya no podía soportar el clamor de los pensamientos que me remordían; al caer el crepúsculo, me apresuré a ir al hombre, y le revelé la herida de mi conciencia que se consumía. Y cuando ambos, desde entonces, nos enfrentamos mutuamente, y él se negaba a recibir lo que una vez había dado; yo afirmaba no tenerlo, 835 finalmente puse fin a la amigable contienda con estas palabras: dos, digo, son mis nuevos monasterios, uno ya llevado a cabo, con la ayuda de Dios, hasta el final; el otro, aún no consagrado por la dedicación episcopal: por lo tanto, si te place, recibe la participación de los lugares santos, y, como te parezca, envía el don como bendición para el provecho de tu alma. Con este argumento, pues, cubrí la fealdad de mi avaricia, y como si no recibiera, astutamente recibí: luego, al regresar a la ermita, entré rápidamente en la celda, pero apenas pude entrar por mí mismo; y quien fuera de mí me había dispersado desordenadamente, por justo juicio, entré después en mí mismo, por así decirlo, con bastante dificultad. Sin embargo, entre otras cosas, tanta oscuridad del regalo confundió mi mente, y como un gusano que roe no cesó de corroer mis entrañas, que, con la conciencia como testigo, preferiría ser golpeado por la lepra que herido por ese regalo. Consideraba, por un lado, tanta liberalidad del hermano que no me debía nada, y ofreció; por otro lado, mi avaricia, que aceptó lo que no merecía por oficio. Me arrepentía entonces de haber olvidado lo que se dice por el Sabio: «No sea tu mano extendida para recibir, y cerrada para dar» (Ecli. IV). Y cuando, según el Apóstol, es más bienaventurado dar que recibir (Hech. XX); justamente consideraba bienaventurado a él, y miserable a mí. ¡Ay de mí, decía, cuando la Escritura manda sacudir la mano para no recibir regalos (Isa. XXXIII); cómo sacudes la mano para rechazar, cuando más bien la extiendes para recibir; la aprietas para arrebatar; la retraes para poseer y guardar. Y en verdad, la avaricia 836 en la mano del que recibe es como un pegamento, que no permite que se sacuda lo que se le pone; sino que, al modo del pez, obliga a adherirse. ¿Qué, entonces? No soportando más la lucha de mi mente, me esforcé por

devolver el regalo a su santo hermano. Luego, con la ayuda de Dios, mientras viva, vigilaré más cautelosamente contra las manchas de los regalos. He aquí, lo que dije antes, que el siervo de Dios debe temer cuando recibe algo temporal; debe alegrarse cuando lo pierde. De ahora en adelante, pues, ni por la apariencia de construir un monasterio, ni por la necesidad de los siervos de Dios, tendré como materia de honestidad donde pueda ejercitar las fuerzas de la avaricia. Como quien anhela desatar el cinturón de la castidad, para proveer herederos para sí mismo, entra en las uniones matrimoniales, y bajo el nombre de propagar la descendencia sirve a las seducciones de la voluptuosidad; así algunos, al no poder ser de Cristo, o contentos con la desnudez de los apóstoles, se alegran de estar implicados en el gobierno o en cualquier tipo de ejercicios; para que, mientras satisfacen su propia avaricia, parezcan servir a la necesidad de una obra piadosa. Pero nosotros, amadísimos, alegrémonos siempre y soportemos con ecuanimidad las injurias que se nos infligen, y además proporcionemos lo útil a los culpables. Que nuestra mano sea cauta y sospechosa para recibir; pero para dar, según la posibilidad, benigna. Que la mente sea temerosa en las prosperidades, segura en la adversidad, y cuando hace el bien y lo tolera, entonces, sin duda, confíe en ser contada entre los miembros de Cristo. Porque quien vive rectamente y es golpeado por los flagelos, así como ahora sigue las huellas de Cristo en ambos aspectos, así después no será privado de su compañía.

Bendito sea el nombre del Señor.